

Homilía - 6 º Domingo de Pascua - 12 a 13 de mayo del 2012

¡Buenos días! Feliz Día de las Madres a todas las madres, las mujeres embarazadas, abuelas, bisabuelas, madrinas, y todas las mujeres que hoy nos acompañan.

Hoy en día, se nos invita a recordar y reconocer a nuestras madres si están aquí con nosotros en la banca, viven a millas de distancia, o viven en nuestros corazones y nuestros recuerdos. Las madres, más que ningún otro ser, participan en la obra creadora de Dios.

A un grupo de niños pequeños se les preguntó una vez por qué Dios creó a las madres. Sus respuestas fueron provocativas y entretenidas, mostrando que todo depende de la perspectiva.

Un niño pequeño no tardó en responder cuando se le preguntó por qué Dios creó a las madres:

“Bueno, ella es la única que sabe dónde está la cinta adhesiva”.

Otro, cuando se le preguntó de qué ingredientes estaban hechas las madres respondió:

“Dios hizo a las madres de nubes, de pelo de ángel, y de todo lo agradable, con una pizca de malicia”.

La siguiente pregunta fue: ¿Por qué Dios te dio a tu mamá y no a otra?

Un chico de 6 años respondió rápidamente: “Dios sabía que yo le gusto mucho a mi mamá, pero no a las mamás de otros”.

La última pregunta fue: ¿Si pudieras cambiar algo de tu mamá, qué sería?

Y la respuesta hizo eco a un deseo que muchos han tenido: “Me gustaría que mi mamá se deshiciera de esos ojos invisibles que tiene detrás de la cabeza”.

Es apropiado que dos de las lecturas de hoy hablan sobre el amor. El amor es el mandamiento que Jesús nos dio: Tenemos que amarnos los unos a los otros como Él nos ha amado. ¿Dónde aprendemos eso, sino de nuestras madres?

La mayoría de la gente aprende el amor de una madre.

Todos nosotros experimentamos el amor desde un principio al vivir durante nueve meses escuchando el hermoso sonido del latido de un corazón; el corazón de nuestra propia madre. Este sonido impregnó nuestra vida más que

cualquier otro durante los primeros meses de nuestra existencia. Esa fue nuestra primera experiencia con el amor.

Aprendemos a amar siendo amados. Debemos aprender a amar a las personas que vemos y conocemos antes de que podamos aprender a amar a Dios a quien no podemos ver.

El evangelio nos da un mandamiento fuerte para que nos amemos unos a otros. Por desgracia, vivimos en un mundo que carece de amor, un mundo que es casi una contradicción al amor. Vemos las consecuencias de esta falta de amor en las rupturas familiares, en los problemas sociales, y en un mundo que nunca parece estar en paz. ¿Por qué es que pasamos por alto este mandamiento tan fundamental?

Jesús es muy claro en su mandamiento de amar -- no hay mayor amor que dar la vida por los demás. Amar a otros involucra sacrificio, actos de misericordia y de caridad, hacer cosas por los demás.

La recientemente fallecida Madre Teresa de Calcuta es un ejemplo perfecto de alguien que expresa su amor en un ministerio activo, recogiendo personas que mueren en las calles de Calcuta y dándoles un lugar donde poder morir con dignidad.

De ninguno de nosotros se espera que seamos una Madre Teresa. Dios nos llama a cada uno de nosotros a amar de nuestra propia manera. Sólo hay una Madre Teresa, y hay un sólo yo. Dios sólo espera que yo sea quien soy y que use mis dones, talentos y recursos ahí mismo donde me ha puesto.

Nuestra sociedad ha trivializado el amor. Tal vez el verdadero amor no es tanto una emoción, sino una acción. La Madre Teresa vio a Cristo en el sufrimiento y en la muerte que recogía de las calles. ¿Cómo ver y amar al Cristo en quienes nos rodean?

¿Tenemos nuestros modelos de amar de las personas santas, como Madre Teresa o de las películas, de la televisión, y de las tarjetas de Hallmark? Amar no es sólo un mensaje emotivo de tarjetas de felicitación, sino una llamada y un desafío.

El fundador del programa "Encuentro Matrimonial Mundial" Padre Gabriel Calvo dice que el amor es una decisión. Jesús nos llama a amar, aun cuando las personas que nos rodean pueden no ser muy amables. Ahí está el reto.

Tenemos que tomar la decisión de amar. En todas partes estamos rodeados de personas que necesitan nuestro amor. No tomamos el tiempo para darnos cuenta y luego ¿cómo respondemos? ¿A quién recogemos de las calles de nuestras vidas y llevamos con nosotros?

¿Cómo podemos mostrar y expresar nuestro amor por los más cercanos a nosotros? ¿Por aquellos que viven con nosotros? Vemos a Cristo en nuestros hijos, nuestros padres, nuestro cónyuge? A veces, los que viven en nuestra propia casa son los más difíciles de amar. Podrían ser aquellos mismos que nos lastiman y que nos desafían más.

Jesús nos dijo que debemos amar incluso a nuestros enemigos, aquellos que nos han herido. ¿Cómo podemos amar a quienes nos agravian? Aquellos que:

¿Nos han hecho mal?

¿Se han aprovechado de nosotros?

¿Nos han acosado y atormentado?

¿Se han burlado de nosotros?

¿Los perdonamos? ¿Rezamos por ellos?

¿Cómo podemos amar a los que tienen necesidad emocional, espiritual, o física?

¿Tomamos el tiempo para escuchar a un amigo, a un compañero de trabajo, o a un miembro de la familia que necesita hablar?

¿Visitamos a aquellos que no pueden salir de su casa o que rara vez salen?

¿Hacemos alguna diligencia por un vecino de edad avanzada o un nuevo padre, o alguien que no puede?

¿Ofrecemos alguna vez orar con alguien o por alguien que tiene necesidad de nuestras oraciones?

¿Ofrecemos ayuda a quienes apenas tienen los medios financieros?

En nuestra parroquia, se nos invita a contribuir con la Bolsa Negra y con la recolección de alimentos. ¿Es eso suficiente?

¿Cómo podemos amar a aquellos quienes están al margen de la sociedad?

A aquellos que pueden ser un poco diferente a nosotros.

A aquellos que son menos afortunados que yo.

A las personas con una adicción, a los presos, las personas sin hogar.

A los que no ganan ingresos suficientes.

A los desempleados o subempleados.

Al ilegal, al inmigrante.

A los que tienen alguna discapacidad.

La Madre Teresa fue el modelo extremo de esta clase de amor, ya que ella vio a Cristo en cada uno que encontró. ¿Nos esforzamos por ver a Cristo en todos a quienes encontramos?

¿A quién me encuentro hoy, mañana o esta semana que necesita mi amor?
¿Me daré cuenta? ¿Voy a estar abierto y disponible? ¿Voy a responder? ¿Voy a tener tiempo? ¿Voy a tomar la decisión de amar? Ese es mi reto - llevar el amor de Cristo a ese rincón del mundo donde estoy plantado.

Dios nos llama a cada uno a que nos amemos unos a otros como él nos ha amado.

¡Oh, y no te olvides de llamar a tu mamá y decirle que la amas!

Diácono Gary Aitchison